

Cómo se preparaban para la muerte los españoles a finales del siglo XV

Ildefonso ADEVA MARTÍN

I. INTRODUCCIÓN

1. Se afirma corrientemente que la religiosidad popular del s. XV fue formulista, ritualista, folklórica, con un talante muy semejante al del Antiguo Testamento, apoyándose en el valor de las propias obras más que en los méritos de Jesucristo; sin experiencia de la gracia. Se afirma también, en lógica consecuencia, que la actitud entonces imperante ante la muerte fue trágica, retorcida, atormentada. Las fuentes desde donde se argumentan estas aseveraciones son múltiples y parecen, a primera vista, concluyentes¹. Entre ellas se cita el *Ars moriendi*, el famoso manual para ayudar a morir cristianamente.

Pretendo en este breve estudio hacer justicia a este librito que llevó la paz a tantos moribundos, porque pertenece de lleno a la religiosidad popular, cubre más que sobradamente la segunda mitad del siglo XV, se proyecta por todo el XVI y XVII y contradice de plano, a mi juicio, la citada interpretación farisaica que por algunos se le atribuye. Lejos de tacharle de tremebundista habría que catalogarlo entre las corrientes más límpidas de

1. Y si la cuestión se circunscribe a España, ha predominado durante muchos años el tópico «batailloniano» —gracias a Dios, ya superado— de que las cosas no cambiaron hasta que Erasmo asentó aquí su *monachatus non est pietas*.

la experiencia de la gracia y del beneficio de Cristo, y quizá también entre las difusas concausas que facilitaron la aceptación de la doctrina luterana. Porque en el *Ars moriendi* los méritos de Cristo lo son todo para nuestra salvación; nuestras buenas obras no son nada o casi nada, para ser más exactos. A la hora suprema de la gran verdad se le exige al moribundo renunciar a ellas y apoyarse únicamente en la misericordia divina. Los contemporáneos de Colón, guiados por el *Ars moriendi*, embocaban el puerto de la eternidad no remando fatigosamente con las buenas obras, sino desplegando las velas de la esperanza a los méritos de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Tres partes abarca este breve artículo amén de las conclusiones. En la primera se hace una somera presentación del *Ars moriendi*. En la segunda se analiza qué preparación enseña para la muerte. En la tercera se estudia el mismo proceso en un *Ars moriendi* atípico.

II. EL *ARS MORIENDI*

2. ¿Qué es el *Ars moriendi*?

El *Ars moriendi* o *Ars bene moriendi* —que nada tiene que ver con la danza de la muerte—, como su nombre indica, es un manual o método para aprender a morir bien, esto es, cristianamente, con garantía de salvación.

Su precursor fue Juan Gerson con su opúsculo *De scientia mortis*, escrito hacia 1403². Consta dicho opúsculo de una introducción estimulando a asistir a los moribundos en señal de amistad y caridad cristianas, y de cuatro brevísimas partes. La primera contiene *exhortaciones* para aceptar la muerte como venida de la mano de Dios; la segunda formula una serie de *interrogaciones* o preguntas encaminadas a que el enfermo se arrepienta de sus culpas y confíe en Cristo como su único salvador; la tercera recoge cinco *oraciones* cortas, dirigidas a Dios Padre, a Jesucristo, a la Virgen, a los

2. Lo escribió inicialmente en francés con el título de *La médecine de l'âme* y también *La science de bien mourir*. Pero muy pronto apareció en latín formando la tercera parte de su famosísimo *Tripartitum*. Ver *Oeuvres Complètes*. Introduction, texte et notes par Mg. GLO-RIEUX; VII, 1: *L'Oeuvre Française*, Desclée, París 1966, pp. XVIII y 404-407.

ángeles y a los santos, pidiendo misericordia; la cuarta indica algunas *observaciones*, cautelas o recursos que conviene tener presentes en la atención a los moribundos, tales como la posible excomunión, las lecturas más recomendables, las imágenes sagradas, la presencia o no de los parientes inmediatos, la obligación del médico respecto de la confesión sacramental del enfermo, etc.

Una veintena de años después comenzó a pulular por el centro de Europa un opusculito titulado *Ars moriendi* o *Ars bene moriendi*. Apareció en dos redacciones anónimas casi simultáneas, en gran parte idénticas y en todo concordantes. La más amplia comienza: *Cum de praesentis vitae miseria* y la más breve: *Quamvis secundum Philosophum*. En ambas obtuvo un éxito arrollador³. A ello contribuyeron, amén de otras concausas coyunturales como la imprenta, la trascendencia del tema, la brevedad del texto, el dramatismo de su formulación, la expresividad incisiva de los grabados, destinados a los iletrados⁴, y el optimismo y confianza —seguridad diríamos— que ofrece de salvación.

Nos referiremos a ellas con las respectivas siglas *CP* y *QS*, aunque usaremos sólo la redacción *CP*.

3. *Estructura*

Ars moriendi asume íntegramente el legado de Gerson; pero lo reelabora en armonía con su aportación original: las cinco tentaciones típicas de la agonía. *Ars moriendi* las presume terroríficas, y valora su victoria como irrenunciable para la salvación eterna; por eso se convierten en el baricen-

3. Cfr. *Gesamtkatalog der Wiegendrucke*, II, 2ª ed., Stuttgart 1960, col. 707ss; Mary Catherine O'CONNOR, *The Art of dying well. The Development of the Ars moriendi*, Nueva York 1942. Juan HUIZINGA: *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y los Países Bajos*. Trad. de J. Gaos. Buenos Aires 1947, pp. 192-210; Alberto TENENTI, *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento (Francia e Italia)*. Turín 1957, pp. 80-138; Roger CHARTIER, *Les Arts de mourir, 1450-1600*, en «*Annales*» (1976) 51-75; Ildefonso ADEVA MARTÍN: *Los «Artes de bien morir» en España antes del Maestro Venegas*, en «*Scripta Theologica*» 16 (1984) 405-15; *Bibliografía hispánica sobre la preparación para bien morir*, próxima aparición.

4. Cfr. Emile MÂLE, *L'Art religieux de la fin du Moyen Âge en France. Etude sur l'iconographie du Moyen Âge et sur ses sources d'inspiration*, 5ª ed., París 1949, pp. 347-389; H. Zerner, *L'Art au mourir*, en «*Revue de l'art*», 11 (1971) 7-30.

tro y eje de estructuración de toda la obra. La versión *CP* —la más amplia— se articula en siete partes o capítulos, cuyos contenidos podrían sintetizarse del modo siguiente: 1º) aceptación voluntaria de la muerte y necesidad perentoria de su preparación; 2º) descripción de las tentaciones típicas de la agonía y del adiestramiento para vencerlas; 3) interrogatorio que debe hacerse al enfermo para provocar la contrición y la confianza en Dios; 4º) oraciones y protestaciones de morir en la fe y seno de la Iglesia, que debe hacer el enfermo; 5º) exhortaciones que para ello se le deben hacer; 6º) oraciones y comportamiento de los circunstantes, especialmente de los asistentes del moribundo; 7º) y por fin, —en algunas ediciones— el relato del origen y devoción de los tres *Pater noster*.

4. Género literario teológico pastoral

Insisto en que el éxito alcanzado por el *Ars moriendi* fue sorprendente⁵. Dejando de lado las múltiples traducciones a los idiomas vernáculos⁶, el *Ars moriendi* se convirtió en el arquetipo de un inconfundible género literario teológico pastoral, muy prolífico durante los siglos XVI-XVIII, y que se conoce con el nombre de *Artes moriendi* y también con el de «preparaciones para bien morir» o «preparaciones para la buena muerte»⁷.

5. Importancia

Su presencia es modesta: un opúsculo sin pretensiones, ni científicas ni literarias. Su importancia, decisiva; no sólo porque desde entonces millones de cristianos han entrado en el puerto de la eternidad guiados por estos prácticos de la agonía, sino porque, si en la muerte se decide el destino

5. Las cifras cantan. Mary Catherine O'CONNOR ha localizado más de 318 manuscritos y más de 67 ediciones incunables, sin contar las xilográficas: *o. c.*, pp. 61-112 y 133-171.

6. Para las traducciones españolas, manuscritas e impresas, vide Ildefonso ADEVA MARTÍN, *a. c.* en nota 3.

7. Véase un brevísimo esbozo histórico en Ildefonso ADEVA MARTÍN: *Observaciones al supuesto erasmismo de fray Juan de Zumárraga. Edición crítica de la «Memoria y Aparejo de la buena muerte»*, en *Evangelización y Teología en América (Siglo XVI). X Simposio Internacional de Teología*. Pamplona 1989, 820-21; *Bibliografía hispánica sobre la preparación para bien morir*, próxima aparición. Véase también Daniel ROCHE, «La mémoire de la mort». *Recherche sur la place des arts de mourir dans la librairie et la lecture en France aux XVIIe et XVIIIe siècles*, en «Annales» (1976) 76-119.

eterno de los viadores, hay que conjeturar que en el *Ars bene moriendi* y en la literatura por él inspirada se decanta la quintaesencia de la fe y de los actos y medios imprescindibles para salvarse. Y porque, quizás por eso, el *Ars moriendi* tiene en cierto modo origen jerárquico⁸ y, ciertamente, destino pastoral y cuasi litúrgico. De hecho *artes moriendi*, de factura más o menos similar a la del arquetipo, se encuentran en los manuales para la administración de los sacramentos. Puede afirmarse que todos estos manuales—ordinarios o rituales, que los tres títulos se emplean—, editados por las distintas diócesis españolas antes de Trento, contienen la antiquísima *recommendatio animae*, cuyo tiempo óptimo son los instantes inmediatos a la expiración; y además, salvo excepción, alguna otra ayuda para bien morir, implícita, al menos, en la preparación del enfermo para la recepción del sacramento de la Extrema Unción. A esto suelen añadir una serie de avisos, exhortaciones, interrogatorios y oraciones para facilitar a los párrocos y sacerdotes con cura de almas el arduo y estupendo ministerio de ayudar a los moribundos a morir cristianamente⁹.

8. Cfr. *Oeuvres Complètes de Jean Gerson*. Introduction, texte et notes par Mg. GLORIEUX; VII, 1: *L'Oeuvre Française*, Desclée, París, 1966, pp. XVIII y 404-407; Mary Catherine O'CONNOR, *o. c.*, pp. 50-52. El arte de bien morir más antiguo del que tenemos noticia en España, se compuso a raíz y resultas del Sínodo Valentino de 1432. Se estudiará en la tercera parte de este trabajo. De momento baste saber que, a pesar de la identidad del título, la estructura interna es distinta de la del *Ars moriendi* típico al que constantemente nos venimos refiriendo; cfr. Santiago GARCÍA ARACIL: *Un manuscrito inédito valenciano del siglo XV, titulado «Art de ben morir»*, en «Anales Valencinos» 2 (1976) 371-412.

9. Sobresale por su amplitud y estructuración el *Ars bene moriendi* que aparece en algunos rituales de la orilla mediterránea y, más concretamente aún, en el área de lengua valenciana. Por ejemplo: *Ordinarium de ministracione sacramentorum iuxta laudabilem ritum almae sedis Valentinae ... Valentinae*, per Ioannem Joffre, 1514, ff. 103-18; *Ordinarium urgellinum*. Zaragoza, Jorge Coci, [s. a., ¿1536?], ff. 126-37; *Ordinarium manuale de ministracione sacramentorum secundum consuetudinem ecclesiae Carthaginensis*. (...). Granada, [s. i.], 1545, ff. 103-18vº; *Ordinarium sacramentorum secundum laudabilem ritum dioecesis gerundensis ... Lugduni*, Cornelius de Septemgradiis, impensis Joannis Gordiole bibliopole barchinonensis, 1550, ff. 111-23; *Ordinarium sacramentorum secundum honorabilem consuetudinem Tarraconensis ecclesiae ... Lugduni*, Cornelius a Septemgrangiis, 1550, ff. 72vº-88.

Por el abundante número de oraciones se distinguen de los demás y se emparentan entre sí los siguientes rituales: *Manuale secundum usum sanctae ecclesiae Pallantinae*. Medina del Campo, Matthaeus et Franciscus a Cano, fratres, 1554, ff. 91vº-108; *Manuale pampilonense*. Estella, Adrián de Anvers, 1561, ff. 69vº-76; *Manuale secundum consuetudinem almae ecclesiae Salmanticensis*. Salmanticae, in edibus Ioannis Junte, 1532, ff. 51vº-67vº. Pienso que la fuente común de inspiración que emparenta a estos tres rituales es el *Liber sacerdotalis nuperrime ex libris sanc-*

III. LA PREPARACIÓN PARA LA MUERTE EN EL *ARS MORIENDI* ARQUETIPO

6. *Punto de partida*

El *Ars moriendi* justifica su existencia partiendo de un principio dogmático, de una suposición lógica y de un dato de experiencia cotidiana. El principio dogmático es que el destino eterno se decide en la muerte. La suposición lógica es que el demonio tiene entonces con más ahínco y perversidad que en el resto de la vida. La experiencia cotidiana es el descuido de la inmensa mayoría de los cristianos al respecto: viven como si fuesen inmortales; y, bien por desidia bien por ignorancia, ni religioso ni seglar se prepara ni sabe prepararse para tan crítico trance. A subsanar, pues, esta ignorancia y a sacudir esta modorra, viene el *Ars moriendi*.

Propugna dos preparaciones, una remota y otra próxima. La remota se adquiere en salud, y consiste por una parte en vivir cristianamente, y por otra en aprender «teóricamente» a morir, esto es, en conocer de antemano cuáles son las tentaciones específicas de la agonía y la manera de vencerlas, los sacramentos que recibir y las virtudes que ejecutar. La próxima se efectúa durante la enfermedad y la agonía, y requiere de ordinario la presencia de unos asistentes que ayuden «prácticamente» a ejecutar las maniobras —irrepetibles— del eternizaje. Por eso, aunque el beneficiario último es el moribundo, el interlocutor inmediato del *Ars moriendi* es el asistente del agonizante.

tae Romanae Ecclesiae et quarundam aliarum ecclesiarum ... concriptus ac auctoritate ... Leonis Decimi approbatus, Venetiis, 1537.

Los siguientes rituales son más concisos y tienen más a la vista los momentos inmediatos a la muerte: *Manuale sacramentorum secundum usum sanctae ecclesiae Burgensis...* Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, 1534, f. 111; *Manipulus sive Manuale vel potius practica ministrandi sacramenta sanctae Matris Ecclesiae et sacramentalia secundum consuetudinem almae ecclesiae Conchensis*. Concae, in torculari Christophori Gallici et Francisci de Alpharo, 1528, f. 122vº; *Manuale sacramentorum Sanctae Matris Ecclesiae secundum consuetudinem ecclesiae Segoviensis ...* Segovia, Juan Brocar, 1548, ff. 106vº-10.

Después de Trento se generaliza, poco a poco, la inclusión en los rituales diocesanos del capítulo: *De visitatione et cura infirmorum* del *Rituale Romanum* publicado por el papa Pío IV. Pero muchos siguen manteniendo las propias peculiaridades en ritos, oraciones, lengua vernácula, etc. En algunos se incluye el opusculito de Gerson tomándolo del *Tripartito*.

7. *Objetivo y pedagogía*

El objetivo último del *Ars moriendi* es, sin duda alguna, el que el enfermo consiga, como sea, la salvación eterna, valor supremo al que hay que sacrificar cualquier otro, por doloroso, incomprensible y antipático que esto aparezca¹⁰. El próximo es disponerlo para que muera no sólo en gracia de Dios, sino con la certeza tranquila y paladeada —fruto de la virtud de la esperanza— de su inmediata salvación; en una palabra, para que muera contento y feliz. Téngase muy presente esta observación, porque autores hay que se deleitan en sugerir no sé qué miedos y tenebrosidades inducidas por el *Ars moriendi*.

¿A qué acude para lograrlo? ¿A las indulgencias, a las peregrinaciones, a los ayunos y abstinencias, a las reliquias, a las misas de San Amador, a la mortaja con el hábito de San Francisco, al relato de agonías espe-luznantes como algunas de las descritas por San Gregorio Magno o Enrique de Suso, al tremebundismo de la corrupción del cadáver...? Ni por mientes. Los pasos son éstos: anuncio de la proximidad de la muerte, recepción de los últimos sacramentos, descripción de las tentaciones y de la estrategia para vencerlas, y abandono absoluto en la misericordia divina, hecha palpable —sacramento diríamos hoy— en la Pasión de Cristo. Hagamos una brevísima explicación de cada uno de estos pasos.

8. *Anuncio de la proximidad de la muerte*

El anuncio de la proximidad de la muerte ha de hacerse de modo y manera que el enfermo la acepte como venida de la mano de Dios y, si es posible, en total identificación con su divina voluntad, como puerta abierta a la felicidad eterna.

9. *Recepción de los sacramentos*

La recepción de los sacramentos se realizará después de ejecutado, a ser posible, el testamento como acto fundamental de justicia con Dios y con los hombres, y depuesta cualquiera enemistad u odio. Es inútil querer

10. Vide nota 39.

buscar en el *Ars moriendi* residuos mágicos o beneficios terrenos en el móvil o en el modo de recibir los sacramentos. Para la confesión sacramental, por ejemplo, se prepara al enfermo exigiéndole verdadera conversión, auténtico arrepentimiento. Se estiman los sacramentos como medios salvíficos, es decir, como medios de participar en la Pasión de Cristo Salvador nuestro.

10. Descripción de las tentaciones típicas de la agonía

Durante todo este proceso y sobre todo después, en la agonía, el enfermo es atroz e insidiosamente tentado por el demonio: «Habéis de saber que los que están para morir, cuando viene el extremo paso, han más graves tentaciones cuales no hobieron jamás en toda su vida»¹¹. Y son estas cinco: de infidelidad, por ser la fe el fundamento de toda salvación; de desesperación, por el rigor de la justicia divina y la imposibilidad de la confesión; de vanagloria, por la complacencia en las buenas obras; de impaciencia y desafecto a Dios, por la atrocidad de los dolores; y de avaricia, por el apegamiento excesivo a la familia, a la hacienda y a los proyectos personales.

El *Ars moriendi* previene de ellas al moribundo describiéndoselas como instigaciones del ángel malo; y, acto seguido, pone el modo seguro de rechazarlas en boca del ángel bueno. Para hacerlas más intuitivas y al alcance de los iletrados¹², van escenificadas en sendos grabados verdaderamente vivos y elocuentes. Estos grabados y el ropaje literario, que dramatiza las tentaciones cual si se tratara de una angelomaquia reñida en la conciencia del moribundo, pueden haber contribuido a fomentar esa leyenda de tremebundismo que injustamente se le atribuye al *Ars moriendi*. Pero son aspectos

11. *Arte bien morir*, Zaragoza, Juan Hurus, c. 1489, f. aiiiiv^o. La agonía, según *Ars moriendi*, se llama así por ser la batalla por antonomasia entre el hombre y el diablo, y se desarrolla en los últimos momentos de la vida, cuando de ordinario se pierde el uso expedito de los sentidos.

En el presente estudio emplearé -y citaré sin más precisiones- la traducción de la redacción amplia CP, citada en esta nota, cuyo único ejemplar catalogado se encuentra en la Bodleiana de Oxford con la signatura IQ.b.29. Con el mismo título hay otra traducción de la redacción corta QS, publicada también en Zaragoza, por Pablo Hurus, c. 1481, cuyo único ejemplar catalogado se guarda en la Biblioteca de El Escorial bajo la signatura 3-V-19, 4^o.

Para facilitar la lectura, modernizaré la ortografía, conservando sólo aquellas variantes que no sean puramente ortográficas.

12. Este detalle es una plasmación más del carácter popular de esta obra.

tan someros, que se derrumban al soplo de una lectura atenta al contenido, como ahora se verá.

11. *Desesperación-esperanza*

Podría decirse que el baricentro de las tentaciones descansa en la desesperación y por contraste en la esperanza. La tentación de desesperación insiste insidiosa y tozudamente en la rigidez de la justicia divina por un lado y por otro en la imposibilidad de alcanzar el perdón a causa de la imposibilidad del arrepentimiento y de la confesión vocal de los pecados. (Tentación apoyada en el aspecto externo, ritual, institucional, si se quiere, del sacramento). La réplica de la esperanza es contundente e insistente: basta la contrición interior:

«Ninguno debe desesperarse del perdón y misericordia, aunque hobiese fecho tantos robos e homecillos cuantas son las gotas de la mar o los granos de la arena, puesto que de ellos ante nunca se hobiese confesado ni fecho penitencia ni toviese de presente manera de los poder confesar; ca en tal caso abasta la contrición sola entrañal¹³, según dice el Psalmista: Señor, tú no desecharás al corazón repentido y humillado»¹⁴.

Y sigue el *Ars moriendi* aportando razones cargadas de vehemencia probatoria: infinitamente mayor es el poder de la misericordia divina en perdonar que el del hombre en pecar; aun en la hipótesis extrema de saberse ya condenado, sería imbécil desesperarse, porque tal actitud ofendería tanto a Dios que agravaría terriblemente la maldad y castigo de los demás pecados; Jesucristo vino a salvar a los pecadores, cuyo ejemplo son san Pedro, san Pablo, etc.

E inculca una observación de suprema importancia y sabiduría: ahuyentar de la cabecera del enfermo al que propenda a fijar escrupulosamente la atención del moribundo en el escudriñamiento de sus pecados y no en la infinida misericordia paternal de Dios, en la Pasión de nuestro Redentor y, si fuera el caso, en «recordarle los bienes que ha fecho en su vida, por los cuales debe tener esperanza en la misericordia de Dios»¹⁵.

13. «sin alguna vocal confesión», glosa la traducción de QS, citada en segundo lugar en la nota 11, f. 11v^o.

14. *Arte de bien morir*, f. a7v^o.

15. *Ibid.*, f. a8. Vide n. 13 del texto.

Estas son resumidamente algunas de las razones para esperar, expuestas por el *Ars moriendi* arquetipo en el rechazo de la tentación a la desesperación; y conviene insistir que con vibrante energía y convincente elocuencia, dentro del carácter sumario y guional que lo distingue.

12. *Excursus sobre la esperanza en una traducción catalana*

En una traducción catalana del *Ars moriendi* CP¹⁶, se inserta en este contexto un excursus sobre la esperanza: tan amplio que desbarata llamativamente las proporciones originales de la obra¹⁷; tan nutrido de ideas teológicas y de toques pastorales que merece detenida atención. Me arriesgo a resumirlo, a pesar de que con ello no transmito el hábito confortante que anida en mil detalles y matices de la redacción original. Al menos, quiero advertir de un aspecto o, mejor dicho, de un enfoque de la cuestión, si no original, muy digno de ser tenido en cuenta: la confianza que ha de brotar firme y serena en el enfermo, de la conciencia o vivencia íntima de los dones de la fe y del arrepentimiento, que este anónimo traductor se empeña en recordar que son señales, arras, empeños o anticipos de la vida eterna. Los razonamientos son escriturísticos al máximo. Nada se afirma si no es como conclusión inmediata de un texto de la Sagrada Escritura o como sentencia admitida de los Santos Padres.

El excursus se extiende por cinco capítulos bajo el epígrafe general de «algunas doctrinas e autoridades que confuertan y dan esperança al bien morir»¹⁸

La primera razón para esperar se sitúa en la autoconciencia de los

16. Se trata en concreto de los manuscritos siguientes: ms. 159 de Ripoll, f. 50-79v^o, en el Archivo de la Corona de Aragón; ms. 80, f. 52-83v^o, de la Biblioteca Universitaria de Barcelona; y ms. 56 del Archivo Catedralicio de Gerona. En este estudio manejamos una traducción castellana del manuscrito ripollés o de una copia gemela, titulada *Art de saber bien morir*, conservada en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, manuscrito II/795, f. 213-237v^o. Las citas que de ella se hagan, dejarán buena constancia de que su traductor fue un catalán, insipiente conocedor del castellano. Cfr. Ildefonso ADEVA MARTÍN, *a. c.* en nota 3, pp. 408-409.

17. En el manuscrito que citamos ocupa 9 de los 23 folios de que consta.

18. Cfr. *Art de saber bien morir*, cit., f. 218v^o.

dones de la fe y penitencia verdaderas, pues son señal, anticipo y fianza cierta del perdón y salvación del alma¹⁹.

La segunda razón está, dicho con palabras textuales, en que «Dios vos ha fecho gracia que le demandéis perdón e mercé»²⁰, pues esta petición aparece siempre en el Evangelio positivamente despachada.

La tercera razón es el valimiento de los grandes intercesores, es decir de los ángeles, santos y santas, en general, y en especial de aquellos con quienes durante la vida el moribundo mantuvo más estrecha relación de patronazgo y devoción. Se destaca la intercesión de san Miguel arcángel, del ángel custodio y, de modo particular, la de la Santísima Virgen María²¹

La cuarta razón de confiar proviene de la recepción de los sacramentos, que en virtud de los méritos de la Pasión de Cristo, si no se les pone óbice, causan y confieren la gracia²².

La quinta razón reside en la infinita misericordia de Dios, que se mueve por sí misma —«por su natura»— a socorrer la miseria, como parece en las parábolas del hijo pródigo y de la oveja perdida, las cuales tienen plasmación real en el perdón alcanzado por tantos y tan grandes pecadores, cuyos pecados permitió Dios para que su perdón sirviese de esperanza a

19. «La primera razón que vos debe dar la dita speranza es: como conoscáis en vos aquellos donos de Dios de verdadera crehencia e de verdadera penitencia, fazet le'n después muytas gracias e alegrat vos per aquestos santos donos, car son aseguranza vuestra, senyal, pényora e vía de vuestra absolución e salvación; e por consiguiente de questos dos donos se seguirá el efecto e fin, que es cosa cierta de salvacion de vuestra ánima e remisión de los pecados». Y se concluye así la explanación de este argumento: «E porque estéis con buen coraçón e con gran fe e confianza del dono de la verdadera penitencia que Dios vos ha querido dar, parat mientes a una conclusión de aquellos tan aprobados doctores sant Agostín e Sant Gregorio, la cual tienen por cierta: que si un hombre hubiese cometido todos los pecados del mundo e se fuese desesperado como Judas, en cara que Dios hubiese jurado que no lo prendía a mercet, dicen aquestos bendichos sanctos que, si aqueste mezquino en el paso de la muert se penedía de coraçón e demandaba perdón e venia, que antes nuestro Senyor vendría contra su sacrament, que le negase venia e perdón e remisión»: *Art de saber bien morir*, cit., f. 219, 219-vº.

20. *Ibid.* f. 219vº.

21. Cfr. *ibid.*, f. 219vº-221vº. Se recomienda vivamente rezar la oración «*Sentiant omnes tuum iuvamen*», pidiéndole a la Virgen se aparezca visiblemente al moribundo y le libre de las aseñanzas del enemigo malo. El Mtro. Venegas encuentra en esta oración vestigios de superstición y la desaconseja enérgicamente; cfr. Ildefonso ADEVA MARTÍN: *El maestro Alejo Venegas de Busto. Su vida y sus obras*. Toledo 1987, p. 322.

22. Cfr. *Arte de saber bien morir*, f. 222.

todos los demás. Tales son san Pedro, san Pablo..., Longinos, perdonado en el mismo momento de la lanzada²³. La llaga del costado quedó abierta de par en par para entrar en la gloria. Si con promesas y amenazas Cristo nos conmina a confiar en su perdón y condena la desconfianza en él como la mayor ofensa y, por otra parte, nos otorga la gracia del arrepentimiento, señal inequívoca de que nos quiere perdonar²⁴. Por tanto, si el temor de condenación arreciase, «humilment e con grant confiança apellaréis vos a su misericorida»²⁵, porque está, si cabe hablar así, sobre la justicia.

La sexta razón asienta en los méritos de la pasión y muerte de Jesucristo, hijo de Dios, que ha satisfecho sobreabundantísimamente a la justicia divina por todos y cada uno de los pecados y de los pecadores. Tanto es así que, según san Anselmo, «ninguno que con fe piense e devoción invoque la Pasión de Jesús, se pueda dapnar»²⁶. Por eso es conveniente leer al moribundo los relatos de la Pasión y las consolaciones que Cristo hiciera a santa Angela de Foligno, pues al ver nuestros pecados plenamente satisfechos y saber que Dios no exigirá doble castigo [Naum, 1, 9], se robustecerá la confianza, puesto que dichos méritos se participan por los dones de la fe y de la penitencia, por la recepción de los sacramentos y la ordenación cristiana de la vida; de todo lo cual el agonizante puede tener segura conciencia.

Termino este excursus haciendo notar de nuevo su insistencia en remitir al moribundo a la vivencia personal de los dones de la fe, del arrepentimiento, etc., porque debe interpretarlos como palpable señal, prenda, fianza y garantía cierta del perdón divino, de la gracia de Dios.

13. *La esperanza y las obras buenas*

La tentación de vanagloria da pie al *Ars moriendi* para exponer qué margen de confianza se puede poner en las obras buenas. Prácticamente

23. *Ibid.*, f. 223v^o-224.

24. «E singularment e con grant coraçón debéis confiar en él e en sus miseraciones, sabiendo que él vos manda e requiere e vos hi conduce con promesas e con menazas: que esperéis en él; e se lo tendría muy a mayor ofensa, si no lo faciáis, que todos los otros pecados vuestros. Agora creer debéis que no lo dice porque vos desampare en las mayores nesciedades»: *ibid.* f. 224. Y continúa argumentando en la línea del texto de la nota 22.

25. Cfr. *ibid.*, f. 224v^o.

26. *Ibid.*, f. 225. Cfr. 227v^o y 228.

ninguno, porque nadie sabe si es digno de odio o de amor delante de Dios. Para segar, pues, de raíz cualquier pujo de complacencia en ellas, recomiendo traer a cuento los pecados, pero sin caer en desesperación:

«E así remede el hombre a san Antonio cuando el diablo le dixo: Antonio, sábeta que me has vencido; ca en el punto que yo te quiero enxalçar, tú te humillas; e cuando te quiero homillar, tú te enxalças. Faga, pues, así cualquier doliente e aun sano, e será el diablo vencido»²⁷.

14. *El interrogatorio de San Anselmo. Abandono absoluto en la misericordia divina*

El *Ars moriendi* podía haberse dado por más que satisfecho con la doctrina y exhortaciones a la esperanza teologal vertidas en el rechazo de las tentaciones de desesperación y vanagloria. Sin embargo, no se contenta con eso y lleva al enfermo a abandonarse absolutamente en la misericordia divina, apoyándose exclusivamente en los méritos infinitos de la Pasión de Cristo. Aquí campea, sin duda alguna, el punto cumbre de la preparación última para bien morir, propiciada por la pedagogía del *Ars moriendi*. ¿Cómo lo hace? Valiéndose de un interrogatorio de san Anselmo titulado *Admonitio morienti et de peccatis suis nimium formidanti*²⁸. Con este interrogatorio el asistente puede comprobar si la preparación del enfermo es completa —para en caso contrario completarla— y el agonizante percatarse de lo mismo en vistas a su total tranquilidad interior²⁹.

27. *Arte de bien morir*, f. biiiv^o-biiiii.

28. SAN ANSELMO, *Admonitio morienti et de peccatis suis nimium formidanti*, PL, 158, 685-688.

29. El *Ars moriendi* en su versión original busca simplemente la buena preparación del moribundo: «Síguense las interrogaciones que se deben facer a los que están al paso de la muerte, mientras pueden hablar. E aquesto por quanto si alguno fuere indispuesto a morir, sea mejor informado e conhortado»: *Arte de bien morir*, f. b6. La traducción catalana, fiel a su talante tranquilizador, busca también —quizá en primer término— robustecer en el agonizante la certeza gustosa y casi palpable de sentirse ya salvado: «Resta que vos quiero fazer algunas interrogaciones, a las cuales debéis bien mirar e parar mientes e responder de boca y de corazón; e aprés en persona vuestra yo faré algunas protestaciones e allegaciones a nuestro Senyor, por tal que, segunt sant Anselmo e otros doctores, siais bien consolado, confortado e asegurado en vuestro corazón de la misericordia e gracia divinal»: *Arte de saber bien morir*, f. 229.

Este interrogatorio tiene dos formulaciones, una más breve para los religiosos, y otra más detallada para los seglares. En ambas, después de llevar al enfermo a profesar su decisión de morir en la fe de la Iglesia, de enmendar su vida pecadora, de perdonar y pedir perdón, y de, si fuera el caso, restituir, se le pregunta sobre su convicción respecto de la verdadera causa de la salvación o, mejor dicho, sobre los auténticos motivos de su esperanza:

«—¿Crees que por ti murió Jesu Christo nuestro Señor? Responda: creo.
—¿Faces le por esto gracias de todo tu corazón? Responda: fago.
—¿Crees no poderte salvar, si no por su muerte? Diga: creo
Pues luego faz le gratias siempre mientras está tu alma en tu cuerpo. E pon en aquesta sola muerte todo tu consuelo y fiuza; envuélvete todo en esta muerte»³⁰

La traducción catalana del *Ars moriendi*, manteniendo la sustancia del interrogatorio, tiene aportaciones dignas de nota. Unifica las dos fórmulas. Subraya la vivencia de la fe y demás dones divinos como dato inmediato y palpable de salvación. Intensifica el interés por dejar fuera de toda perplejidad que la salvación está exclusivamente en los meritos de la Pasión que inclinan definitivamente la misericordia divina en favor nuestro. Helo aquí:

«Item vos demando, si creéis que Iesu Cristo, Fillo de Dios vivo, verdadero Dios e hombre, ha preso muert e pasión por vos y por todos los pecadores e por todo el mundo, e que su preciosa muert e pasión es aquella que tan solament es suficient e bastant a redemir vos e a salvar todos los pecadores, e que vos ni otro no vos podéis salvar sino por aquélla; e que tan solament vos queréis alegrar e ayudar daquélla más que de vuestras buenas obras, e posáis toda vuestra fe e esperança en aquélla; e que agora le facéis de todo vuestro corazón grandes loores e gracias?»³¹.

Supuesta afirmativa la respuesta a ésta y al resto de las preguntas, continúa alborozado el *Art de saber bien morir*:

«Agora, pues, stat con buen corazón e con buena confiança, et dat gracias a nuestro Senyor Dios porque agora vos trováis en tan buena disposición.

30. *Arte de bien morir*, f. b7.

31. *Art de saber bien morir*, f. 229vº.

Car en tal fe e intención e sperança que habéis dito e confesado, sta la buena preparación e vía de haber salvación. E loat e benedizit a nuestro Redemptor Iesús porque en tal intención e recuerdo agora stáis en la fin e conclusión de vuestra vida. E confesat e adorat e dat gloria al Redemptor Jesús, como por él e por los méritos de su sagrada vida, muert, pasión infinidament virtuosa, vos ha ganado e merecido e vos face haber tal intención, propósito, fe, sperança»³². «E de aquí avant todo vos dat, posat e acomandat en los brazos del rey Iesús, por vos crucificado, e en él posat toda vuestra sperança, e asegurat vos en su visceral amor e tanta clemencia que nos ha mostrado. E creyet firmement, decit e confesat que aquél solo es toda vuestra ayuda, toda vuestra defensión, todo vuestro remedio, refugio, reparación, redempción, remisión, reconciliación, e toda vuestra salvación. E solamente en la sancta Cruz e en la muert del Fillo de Dios vos vaya tener et firmar vuestro corazón, afección e confianza»³³

15. *Las interposiciones de San Anselmo. Insistencia en el abandono absoluto en la misericordia de Dios*

Por si fueran poco explícitas y decididas las actitudes de abandono total en la misericordia divina vivenciadas y profesadas por el moribundo, el *Ars moriendi* se pone en el caso extremo, casi escrupuloso, de que al enfermo se le ocurra por sí o por sugesión diabólica el verse en el juicio divino y sentirse condenado. Y, como era de esperar, porfía en aconsejarle que interponga entre él y la justicia divina los méritos infinitos de la Pasión de Cristo, diciendo con segura confianza:

«E si nuestro Senyor te quisere juzgar, di le: Senyor, yo pongo la muerte de nuestro Señor Jesu Cristo entre tú y mí y tu juicio; e no quiero en otra manera contender contigo. Si te dixere que mereces ser damnado, responde le: Yo pongo la muerte de nuestro Señor Jesu Cristo entre Ti y mis malos merecimientos. E el merecimiento de su sanctísima Pasión ofrezco por el merecimiento que yo debiera haber hobido y, guay de mí, que no lo he. E diga otrosí: La muerte de nuestro Señor Jesu Cristo pongo entre mí y tu ira. E después diga III veces: *In manus tuas, Domine, com-*

32. *Ibid.*, cit., f. 229v^o-230.

33. *Ibid.*, f. 230.

mendo spiritum meum, etc. ... E en esta manera morirá seguro y no será damnado»³⁴

Como ocurre en las interrogaciones, también aquí la traducción catalana es más explícita que el *Ars moriendi*, y más reiterativa, casi oratoria. Y añade la interposición de la Virgen María, abogada —por divina disposición— de los pecadores. Helo aquí:

«Senyor, yo sé e confieso que de mí e de part mía no merezco salvacion, ante damnación. Empero, pues conozco que me habéis feito de vuestros creyentes e penidientes, vos allego de mi part e interposo entre vos e mí, e entre vuestro juicio e mis pecados, aquellos sagrados méritos de la preciosa sangre, pasión e muert de vuestro muy caro e perfectament digno Fijo Iesús, Senyor e Redemptor nuestro, qui muy bastant e excesivament por mí e en lugar mío ha satisfecho a vuestra justicia e pagado por todos mis peccados. E por tanto, por solo sguart de aquellos sagrados méritos vos demando e espero vuestra remisión, gracia e salvación, e no en otra manera; e no allego otra cosa de parte mía ni he otro con que obtenga ni os responga; ni quiero otro dezir ni allegar ni lo he menester, como aquesto sea bien sufficient et bien bastant e digno de facerme misericordia e gracia complida»³⁵. «Posa los [peccados], Senyor, en una balança e en otra la satisfacion, precio e valor de su sangre e muert preciosa. Cierito, Senyor, aquesta pesará más e es más digna e dará más razón de obtener e atquirir la tu misericordia que la otra de nuestros pecados para merecer tu ira e tu sentencia. E de aquí avant toda vuestra ansia sea en tener vuestro coraçón e esperança en el glorioso Redemptor Iesús.»³⁶.

Con euforia pastoral concluye el *Ars moriendi*:

«E así cualquier que a las susodichas interrogaciones con fe verdadera e no fingida respondiере afirmativamente, puede tener harta certidumbre de su salvación, si así muriere»³⁷.

Y en consecuencia porfía en que este interrogatorio, si no hay asistente que se lo dirija, debe hacérselo a sí mismo el moribundo, hasta llegar al pleno arrepentimiento y al total abandono en los méritos de la Pasión

34. *Arte de bien morir*, f. b7.

35. *Art de saber bien morir*, cit., f. 230vº.

36. *Ibid.*, f. 231.

37. *Arte de bien morir* f. b8.

de Cristo, «ca sin tal disposición ninguno puede salvarse»³⁸. En la parte quinta del *Ars moriendi*, dedicada a las exhortaciones y ayudas que el ayudante debe prestar al moribundo, se le conmina a que en modo alguno omita el anterior interrogatorio³⁹

16. *Las oraciones*

La cuarta parte del *Ars moriendi* según la versión C^a, pretende llevar al moribundo a imitar a Cristo en sus últimos momentos: «Como, según san Gregorio, cualquier cosa de las que Jesu Cristo fizo, deba ser amonestamiento e doctrina nuestra, por tanto las cosas que Jesu Cristo fizo muriendo en la Cruz, aquéllas debe facer cualquier que está en pasamiento según su manera e poder»⁴⁰. Para ello, entre otras sugerencias, le aconseja rezar unas cuantas oraciones, dirigidas a la Santísima Trinidad, a Dios Padre, a Dios Hijo, a la Virgen, a los Angeles Custodios y a los Santos a quienes el agonizante profesare mayor devoción. Pues bien, la nota dominante en todas ellas es el espontáneo y pertinaz reconocimiento de la propia indignidad y el recurso suplicante a la misericordia divina en cuanto hecha

38. «E cualquier que de las susodichas cosas no fuere por alguno interrogado, ende más como haya muy pocos e ralos que sepan esto, responda preguntando a sí mismo, y más apuntadamente considerando si está dispuesto de la manera susodicha. Ca sin tal disposición, ninguno puede salvarse. E el que está así aparejado, como dicho es, encomiéndose del todo a la pasión de Cristo; e continuamente quanto pudiere et la dolencia ge lo sufriere, piénsela; ca en esta manera todas la tentaciones y asechanças del enemigo se vencen. E dize el glorioso Anselmo: Ni creo que alguno damnar se pueda, si reclamare devotamente la pasión de Cristo. E Pedro Damasceno en el *Cuarto de las sentencias* dice que cualquier que es devot de la pasión de Cristo, no puede ser damnado. E por eso es cosa muy de gran provecho leerla, o a lo menos oírla en la dolencia, o que se lea por alguno de los que estovieren presentes, cuando el enfermo comienza de estar en pasamiento»: *Ibid.*, f. b8v^o.

39. «E si el enfermo pierde la fabla, está empero en sus sentidos e oye las preguntas que le facen e las oraciones que delante le rezan, responda con alguna señal, ca esto basta para la salvación. Deben empero facer las preguntas ante que pierda la fabla. E si las respuestas que ficere, no parecieren suficientes para la salud, póngase el remedio necesario, informándole en la mejor manera que se podrá, aunque le supiesen descubrir el peligro de la vida en que está. Ca mejor es que se salve con espanto saludable e que haya repentimiento, que no que se condampe con afalagos e disimulación. Ca muy mal parece e cosa es muy contraria a la religión cristiana e cosa es diabólica que por el temor humano, al cristiano que está para morir, le escondan el peligro del cuerpo e de la alma»: *Ibid.*, f. ciiiiv^o-c5.

40. *Ibid.*, f. c.

propicia a nosotros por los méritos de Cristo y la intercesión de los Santos. Como botón de muestra copio la siguiente:

«Senyor Jesu Cristo, yo tu paraíso demando, no por el valer de mis merecimientos, como sea polvo y ceniza y un mísero pecador, mas en virtud de su sancta pasión, con la cual has redemido a mí, desventurado pecador, e quisiste mercar para mí el paraíso con tu sangre preciosa»⁴¹.

Idéntica actitud es la que domina en las oraciones de la parte sexta, que deben rezar los circunstantes por el moribundo cuando haya perdido el uso expedito de los sentidos. Se pide, por ejemplo, a Dios que perdone los pecados del moribundo «con la muchidumbre de tus misericordias..., e pues no tiene fiuza si no en tu misericordia sola, recíbele en tu amor»⁴²

IV. ARTES MORIENDI ATÍPICOS

17. Llamo *Artes moriendi* atípicos a los que con idéntica finalidad que el arquetipo y con título y contenido más o menos similar, estructuran la materia de modo diverso⁴³. Puede servir de punto especialmente diferenciador la ausencia de la descripción de las tentaciones. También en éstos se pretende llevar al agonizante a una certeza y como pregusto de la salvación mediante la apropiación o revestimiento de los méritos de Cristo. Veámoslo en dos de ellos.

18. El *Art de ben morir* compuesto en Valencia, hacia 1432

Dentro del tiempo al que nos circunscribimus y con la vista puesta casi exclusivamente en España, sobresale el valenciano *Art de ben morir*, compuesto a raíz y resultas del Sínodo Valentino de 1432⁴⁴. Por tanto, simultáneo en el tiempo al *Ars moriendi* arquetipo. En él se encuentran dos contextos en los que de modo expreso el enfermo hace dejación, más aún, rechaza toda su posible capacidad meritoria y se refugia exclusiva y regaladamente en los méritos de Cristo.

41. *Ibid.*, f. cii.

42. *Ibid.*, f. c8vº.

43. Cfr. Ildefonso ADEVA MARTÍN, *art. cit.* en nota 3, pág. 410-13.

44. Vide nota 8.

El primero son las preguntas de san Anselmo que se incluyen de forma resumida y sin indicar su procedencia. Pero su traducción es más vigorosa que la castellana; vivifica más la confianza en los méritos de Cristo⁴⁵.

El segundo es el testamento espiritual, que debe hacer todo cristiano, al menos cuando se percata de la proximidad de su muerte. Tal testamento consiste por una parte en la profesión —escrita, si es posible—, de la decisión inamovible de perseverar y morir en la fe de la Iglesia, fueren cuales fueren los embates de la agonía y los signos externos aparentemente contradictorios que entonces pudieran producirse; por otra parte, en la determinación de los socorros espirituales que el testante solicita le sean prestados en sus últimos momentos. Pues bien, en un documento tan solemne, tan pensado, tan definitorio, se afirma lo siguiente:

«E per (açò) com todo christià deu regonèixer e confessar que poch li valen totes ses preparacions e indústries ni res de ses bones obres e mèrits, si la infinida bonesa e poder de nostre Senyor Déu nol guarda e deffèn de totes temptacions e perills e nol vol salvar per sola misericòrdia sua e mirant a la gran dignitat e mèrits de Ihesu Xrist; per tal yo ara, regoneixent e confessant aquesta santa veritat e iustícia et donant ne llaor e glòria a nostre Senyor Deu e desconfiant totalment de mi mateix, lo suplich tan humilment com puch, que, no guardant a mi ni a res que sia procehit de mi, mas a sí mateix e açò que la sua gran pietat e clemència ha obrat e obrara en mi e als preciosos e molt dignes mèrits de Ihesu Xrist, los quals ara per llavors e per tos temps li offir e presente, me deffena e endreçe en lo camí de salvació, speçialment en aquella hora de la mia fi, en do lo seu sant Regne. Car yom sotsmet e coman tot a la sua invencible protectió e misericòrdia, hi de aquells soles e del seu reverent Fill Ihesus sper e confiu, e axí me assegure e aconsola. E prech que açò me sia reduit a memòria e legit en lo article de la mia mort»⁴⁶.

No puede quedar más claro que la única causa de esperar sin sombra de vacilación son únicamente los méritos de Cristo.

19. *Confessions e iustificacions del savi peccador*

El *Art de ben morir* incluye en su tercera parte un a modo de apéndice

45. *Ibid.*, f. 3vº.

46. *Art de ben morir*, f. 11.

con las oraciones que el testante pide le sean rezadas o leídas en su agonía. Entre ellas se hallan las *Oracions e contemplacions de aquelles Set paraules que Jhesu Xrist dix en la creu*,⁴⁷ y las *Confessions e iustificacions molt sanctes e segures del savi peccador qui ab temps se apparella a ben viure e morir*. Se trata, por tanto, de unas devociones ya extendidas entonces entre los fieles valencianos.

Para el fin perseguido en este estudio interesan solamente las *Confessions e iustificacions del savi peccador*. Alguien las ha juzgado como el *arte de bien morir* más antiguo y genuino de los catalanoparlantes⁴⁸. Son diez oraciones breves, de profundo contenido dogmático y ascético, vertido en un lenguaje enérgico y radical, que llevan desde el reconocimiento y confesión de los pecados hasta el más total y deleitoso abandono en la misericordia divina. La oración novena alcanza, a mi juicio, el punto cumbre de este proceso purificador. Se titula *Del depullar e vestir*. Aunque es larga —tres veces más que las otras—, pienso que se debe transcribir tal cual aparece en el original:

«Senyor, yo crehent e confessant fermement que per mi peccador haveu livrat a mort lo vostre preciòs Fill e Senyor meu Ihesu Xrist, e que en altra manera non puch salvar sino per los mèrits de la sua sagrada mort e passió, e que les mies iustícies e bones obres son tan vils e miserables e tan imperfectes e indignes que mes son dignes de pena que no de mèrit ni retribució alguna, spezialment que per aquelles yon degués a conseguir ne sperar remissió de pecats ni aquell regne inefable vostre; per tal, Senyor, yo regonexent per gran gràcia vostra aquesta veritat e justícia, me despull e desproprie ara en presència vostra de tots los dits mèrits meus o que yom aga cuydat èsser mèrits e de tota la confiança ni speranza que yo he agut en aquells o per aquells en quant de mi son proçehits. E encara de totes qualsevol indústries e preparacions mies en quant yo aga pensat ni cregut que per èsser proçehits de mi ni de qualsevol preparació, devoció ni indústria mia fossen dignes ni merexedors de nenguna gràcia vostra.

E axí despullat e tot nuu, Senyor, davant vos no sens gran confussió e vegonya mia, mas confessant e regonexent veritat e iustícia e servant a vos aquesta honor e reverència, segons deig, lo meu vestir, Senyor, és

47. Pueden también leerse en *Confort de la peregrinació humana en la cual se posen totes les coses necessaries que deben ser legides a qual se vol devot chrestia qui en lo article de la mort se troba*. Barcelona, Carlos Amorós, 1533, 6 hs. sin numerar, sign. a-b.

48. Cfr. Angel FÁBREGA Y GRAUS, *Els primitius textos catalans de l'art de ben morir*, en «*Analecta Sacra Tarraconensia*» 28 (1955) 97.

aquest ab gran alegria e acció de gràcies. Ço és que vist, abrigue e cobre totalment la mia gran pobrea, nuditat e vergonya ab los dits mèrits sobre excellents e infinidamente dignes e copiosos del vostre glorios Fill e ab la infinida pietat, bondat e misericòrdia vostres. E axí vestit e abrigat de aquells, e solament de aquells confiant e aquells offerint, presentant, reclamant e interposant ara e per tots temps e speçialment per lo article de la mort entre vos, Senyor, e mi e entre la vostra iusta indignació e ira contra mi e contra los meus abominables pecats, Vos suplich, tan humilment com puch, me prengau a vènia e mercè em doneu lo vestre sant regne de mera pietat e gràcia, migançant aquells treballs que de mi e per mi haveu ordenat per a conseguir aquell èsser faedòs. Los quals yo indigne migançant la gràcia vostra volenterosament accepte e so prest e aparelat de complir. Ca non dupte jens que molt maior volentat e design havreu vos, Senyor, de donar lom que yo pecador de pèndrel, e maior de perdonar me e donar me totes les disposicions que he mester per a la salut de la mia ànima, que yo de pèndreles; tanta e tan infinida és la vostra clemència e bondat, e tanta la mia culpa e la mia fredor e ceguedat. Laus tibi, Domine, rex aeternae gloriae»⁴⁹

La renuncia es tan radical que no extraña el que aparezca tachado en el manuscrito de la Biblioteca de Cataluña⁵⁰.

V. CONCLUSIÓN

20. De este somero repaso del *Ars moriendi* en su forma digamos típica y en una atípica, se desprenden, sin forzarlas, algunas lecciones que convendría, al menos, insinuar.

Podrían enumerarse, entre otras, estas mentalidades o actitudes, contemporáneas al *Ars moriendi*, aunque con muchos años ya de pervivencia, que favorecían o podían favorecer la desesperación de los cristianos a la hora de la muerte: el descrédito de la penitencia tardía, el temor ominoso de la muerte repentina o sin posibilidad de sacramentos, y el de las agonías agitadas o atormentadas. Desde otro punto de vista, el éxito popular de algunas devociones y obras externas de piedad como peregrinaciones, afán de indulgencias, etc. ¿Qué postura adopta ante ellas el *Ars moriendi*? En sínte-

49. *Art de ben morir*, cit., f. 29v^o-30.

50. Cfr. «Anuari Biblioteca Catalunya» 3 (1916) 33-34.

sis, puede responderse que las ignora o, mejor aún, que las desfonda por completo. Su itinerario hacia la muerte es netamente evangélico: libertad que se abre a la gracia divina. Veámoslo.

21. *Contra el descrédito de la penitencia tardía*

Es evidente el endurecimiento de la conciencia —amén de la esclerosis psicológica— producido por el hábito de pecar bajo el pretexto de arrepentirse después: en la enfermedad o en la vejez. El riesgo de impenitencia que entraña esta actitud es innegable. Pastoralmente, por tanto, parecen muy puestas en razón las amenazas de los predicadores que, para sacudir la modorra de tantos, ponían de relieve —no diré que exageraban— la máxima dificultad —auténtica imposibilidad moral— de la conversión tardía, porque entonces no es el enfermo el que deja los pecados, sino éstos al enfermo, que, si parece arrepentirse, es más por temor que por amor. Testigo egregio de esta mentalidad es el *Decretum* de Graciano⁵¹. No cabe duda de que el cruce de estas dos realidades —hábito de pecado y desconfianza en la eficacia de la penitencia tardía—, con unas referencias insidiosas a la rigidez de la justicia divina, pueden proporcionar el caldo de cultivo más apropiado para el arraigo de la tentación de desesperación.

¿Qué hace el *Ars moriendi*? Inculca que todos vivan cristianamente, porque no hay mejor preparación para bien morir que el vivir bien. Pero en la hipótesis de una vida pecadora, lucha con denuedo, contagiando entusiasmo y esperanza, para que el moribundo no admita la más mínima duda ni sobre su capacidad de arrepentimiento ni sobre la disposición acogedora de la misericordia divina: la llaga del costado de Cristo está abierta de par en par, dando paso franco a la gloria⁵².

51. Cfr. GRACIANO, *Decretum*, C. XXVI, q. VI, c. 11: *Si quis fuerit mortuus*; c. 12: *Si presbyter*; C. XXXIII, q. III: *De poenitentia*, dist. VII, c. 1: *Nemo*.

52. Incluso un autor tan rigorista e inhumano como Jacobo de CLUSA, se expresa de este modo: «In nullo tamen peccato aliquis debet desperare interim quod spiritus est in corpore, quia ipse est in statu quo adhuc potest salvari, etiam in ultimo instanti vitae suae, propter assistentiam divinae gratiae; et etiam in momento egressionis animae potest contritionem inspirare, quam nulli quidem promisit, nulli etiam se facturum abnegavit»: *Tractatus de arte bene moriendi*, Lipsiae, per Arnoldum de Colonia, 1495, f. ccc5.

22. *Contra la ominosidad de la muerte repentina o sin posibilidad de sacramentos, y la de las agonías atormentadas*

La necesidad «de medio» del sacramento de la penitencia y en concreto de la confesión vocal de todos los pecados graves en número y en especie, era también entonces una verdad muy predicada en un tono pastoral similar al anterior. La muerte repentina, por tanto, o sin posibilidad de confesión, podía interpretarse —y de hecho se interpretó— por el vulgo como algo ominoso, como señal de reprobación y de público escarmiento. Testigo de excepción, aunque indirecto, de esta credulidad es la petición de las letanías: *A subitanea et improvisa morte, libera nos, Domine*.

Otro aspecto de la anterior credulidad se relacionaba con la longevidad y con la agonía: el justo muere anciano y plácidamente en señal de predestinación; por contra, el impío es arrebatado en la flor de sus planes con una agonía espantosa, atormentada de dolores y de remordimientos, en señal de reprobación. San Isidoro de Sevilla es uno de los testigos de esta credulidad⁵³. Enrique de Suso la dramatizó y la puso de moda en el siglo XV⁵⁴.

Respecto de la confesión vocal el *Ars moriendi* se desvive en recordar al moribundo que en caso de imposibilidad es suficiente la contrición interna, porque la misericordia de Dios no está limitada por la recepción real —cabe la deseada— de los sacramentos. Se desvive también en hacerle ver que el recuerdo de los pecados no confesados, aunque fuere atizado por el demonio, se convierte en oportunidad providencial para arrepentirse de ellos y obtener su perdón. Convendrá conmigo el lector en que esto está en las antípodas del tremebundismo; en que esto es esponjar el alma del agonizante, es sacarle del pozo de la desesperación a la luz de la esperanza: de la responsable cooperación con la gracia.

Respecto de las circunstancias de la agonía o de la muerte en gene-

53. «Finem iustorum optimum vocatio tranquilla commendat, ut ex eo intelligantur sanctorum habere consortium angelorum, ex quo ab hoc corpore sine vexatione dura tolluntur. Pravos autem homines apostatae angeli excipiunt morientes, ut eis sint ipsi tortores in poenis, qui fuerunt suasores in vitiis»: *Sententiae*, III, 52, 10-11: PL 83, 738. En las primeras décadas del s. XVI Judoco CLICTHOVE defiende esta credulidad con hinchada elocuencia, sin concesiones a la excepción: *De doctrina moriendi opusculum*. París, Simón Colineo, 1520, ff. 35v^o-39.

54. Cfr. *Dialogus Sapientiae*, cap. 21, en *Opera*, Colonia 1615, pp. 106-16.

ral, el *Ars moriendi* es tajante: para un cristiano en gracia de Dios son indiferentes; nada le deben importar⁵⁵:

«Preciosa es siempre delante de Dios la muerte de sus santos en cualquier manera que mueran. Ca no solamente está puesta en estima la muerte de los santos mártiles; mas aun de los otros justos y buenos cristianos, y aun de los pecadores cuantoquier malos, si mueren verdaderamente contritos y en verdadera fe y en la unidad de la Iglesia, según la auctoridad del Apóstol: Bienaventurados los que mueren en el amor de Dios. E por eso dice la divina Sabiduría: Puesto que el justo sea por la muerte arrebatado, en seguro estará; e eso mismo de otro cualquier, si en el paso de la muerte resistiere con esfuerzo e constancia a las tentaciones. ... E por tanto, el buen cristiano y aun cualquier pecador que está verdaderamente repentido, no se debe entristecer de la muerte del cuerpo en cualquier manera que venga, ni turbarse ni temerla, mas débela tomar voluntariamente»⁵⁶.

23. *Las obras externas. Los méritos de Cristo. La certidumbre de salvación*

Aunque ya se insinuó en el n. 7, es preciso reiterar que en el *Ars moriendi* ni se alude siquiera a las devociones y obras de piedad meramente

55. En esta línea está también Juan NIDER, que relata en su leidísimo *Formicarius* [lib. IV, cap. 12] —sospecho que tomándolo de autores anteriores— el siguiente hecho aleccionador: apareció muerto en la biblioteca un venerable religioso, cundió rápido el escándalo entre la comunidad; pero éste se convirtió en admiración cuando, al acercarse al cadáver, observaron que con un dedo apuntaba intencionadamente sobre la Biblia abierta el siguiente versículo: «*Iustus quacumque morte praeventus fuerit, in refrigerio erit*» [Sap. 4, 7]. Roberto HOLKOT repite el mismo suceso en su *Super librum Sapientiae*, cap. III. De él lo copia San ANTONIO DE FLORENCI en su *Summa Theologiae moralis*, parte I, tít. V, cap. I, § 5, y en parte IV, tít. XIV, cap. VIII, § 4.

Casi mediado ya el s. XVII, el venerable Juan de PALAFOX Y MENDOZA se creía aún en el deber de escribir: «Colígese de aquí que no es señal de predestinación la quietud del morir, ni de reprobación la inquietud y la presencia de estos enemigos [los demonios], porque nunca faltan, aunque no siempre se ven»: *Luz de vivos y escarmiento de muertos*, Madrid, Bernardo de Villadiego, 1688, p. 188a, n. 103.

56. *Arte de bien morir*, f. aiiv^o-aiii. Es frecuentísimo encontrar en la literatura sobre la preparación para la buena muerte expresado este pensamiento con las palabras de san AGUSTÍN: «Mala mors putanda non est, quam bona vita praecesserit; neque enim facit malam mortem nisi quod sequitur mortem»: *De Civitate Dei*, I, 11: PL 41, 25. Y también con estas otras: «Non potest male mori qui bene vixerit»: *Sermo de disciplina christiana*, XII, 13: PL 40, 676.

externas al estilo de las peregrinaciones, ayunos, etc. No aparece la palabra indulgencia. Es cierto que se hace todo lo posible porque el enfermo reciba, debidamente preparado, los últimos sacramentos; pero no en cuanto ritos meramente externos, sino en cuanto comunicadores —por sí mismos eficaces— de los méritos de la Pasión de Cristo, previa —insisto— la conversión interior del receptor.

Todo el empeño del *Ars moriendi* se centra en estimular la actividad interior del moribundo hacia la aceptación e identificación con la Voluntad divina, mediante el ejercicio cada vez más intenso de las virtudes teologales, en la certeza del perdón divino gracias a los solos méritos más que sobreabundantes de la Pasión de Cristo.

Si pudiera achacársele algún exceso, sería la aparente desvalorización de la capacidad meritoria del hombre justo. Digo «aparente» porque está reconocida en la misma renuncia que de los posibles propios méritos se hace y, de modo paradigmático, en la referencia a san Antonio Abad que adjunamos en el n. 13. Con esta renuncia a los propios méritos el *Ars moriendi* arrancaba de cuajo las raíces de soberbia farisaica que pudieran ahondar en las referidas obras externas. El moribundo guiado por el *Ars moriendi* no tiene —ni quiere ni busca— más apoyo ni asidero que la infinita misericordia divina, merecida y hecha palpable en la Pasión de Cristo, y autoconscienciada en la experiencia del propio arrepentimiento y de la esperanza del perdón.

Este apoyo infalible —que lleva a la identificación con la Voluntad divina— produce en el moribundo bien conducido el paladeo de la certeza —propia de la esperanza— de salvación⁵⁷. Por eso espera la muerte «co-

57. Al leer expresiones de seguridad y certeza de salvación como las transcritas en el n. 14, puede uno experimentar un cierto desasosiego relativo a la ortodoxia. Así le pasó ya a un puntilloso canónigo de Palencia que en el ejemplar que se conserva en la magnífica biblioteca de ese Cabildo, del *Manuale secundum usum sanctae ecclesiae Pallantinae* [vide nota 9], f. 92, a las palabras «no habrá dubda de su salvación» escribió al margen: «Éstas palabras hallo en muchos *Manuales* y en especial en el *Romano*; pero, porque pueden, no entendidas sanamente, dar ocasión de caer en la dañada certidumbre de los perversos luteranos, estarán más sanas palabras en lugar de éstas: 'terná probable certidumbre de su salvación'; o ya que se queden las palabras que aquí están, entenderse han conforme a las dichas».

De similar manera reaccionó ante la desvalorización de los propios méritos. Al pasaje del interrogatorio de San Anselmo «¿Creéis que por los méritos de la Pasión ... y no por los vuestros habéis de ir a la gloria?» acota: «Y no por los vuestros». Estas palabras hallo en muchos *Manuales* y en especial en el *Romano*, pero porque podrían no entendidas sanamente dar ocasión de caer en la herexía de los perversos luteranos que quitan todo mérito a nues-

mo quien espera la venida de algún amigo muy amado»⁵⁸. Abiertos a la luz, a la amistad divina, a la felicidad eterna morían los preparados por el *Ars moriendi*.

Ildefonso Adeva Martín
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

tras obras, estarían para el tiempo más sanas éstas: 'no por los vuestros solos', o 'y no por los vuestros sin los de la Pasión de Cristo'; o ya se queden las palabras que aquí están, entenderse han conforme a las dichas».

Desde otro ángulo sería oportuno recordar cuán sin fundamento son los elogios de originalidad y de esponjamiento del moribundo que algunos atribuyen al *Liber de praeparatione ad mortem* de Erasmo. En este aspecto el Roderodamo siguió el camino trillado del *Ars moriendi*.

58. «El saber morir, según dice un sabio, es tener aparejado el corazón e la alma siempre a las cosas de Dios, porque cuando la muerte viniere, le falle aparejado para la recibir sin reproche, como quien espera la venida de algún amigo muy amado»: *Arte de bien morir*, f. aiiiv^o.